

zón misma, o alma del mundo, que se mueve en el vasto cuerpo que anima y reúne bajo las leyes de la necesidad. Todo procede del encadenamiento infinito de las causas, en el seno de la causa universal.

Un mundo más pequeño, la humanidad, se halla contenido en el gran mundo. En la humanidad se hallan también dos elementos universales: *materia y fuerza, pensamiento y acción*. La razón, o voluntad en lucha contra la pasión, es la virtud, la virtud que contiene el secreto del universo.

«La felicidad—dice Séneca—consiste en vivir según la Naturaleza. Por tanto, la Naturaleza, para el hombre, es la razón; ahí se encuentran, con la verdadera felicidad, la libertad, la tranquilidad, la independencia de las cosas exteriores, la exoneración de los cuidados de la vida, la paz interior, la calma, la imperturbabilidad».

Hacer el bien, para los estoicos, no es una obligación impuesta por una potencia exterior y superior a nosotros; es un instinto, es una tendencia que no es natural; no hemos de obedecer leyes divinas, sólo hemos de conformarnos con la Naturaleza, y con ella nos conformamos, en efecto, en tanto que somos libres; de ella nos separamos cuando como esclavos nos dejamos dirigir por las pasiones. Nuestro único deber consiste, pues, en ser libres, porque la virtud es el fruto necesario de la libertad.

La felicidad y la virtud se confunden; dependen de nosotros; sepamos querer. Nuestro bien y nuestro mal están en nuestra voluntad, porque la voluntad interior y libre del hombre es suficiente para librarle de los golpes de la fortuna y de los otros hombres. Indudablemente hay cosas que no dependen de nosotros; desdeñémoslas, y no pongamos nuestra felicidad más que en las cosas que de nosotros dependan.

En eso consiste el secreto de la felicidad.

Las cosas que no dependen de nosotros son, según el *Manual de Epicteto*, el cuerpo, los bienes, la reputación,

las dignidades; en una palabra, todo lo que no pertenece al número de nuestras acciones. Las cosas que dependen de nosotros son libres por naturaleza: nada puede detenerlas ni ponerles obstáculos; en cuanto a las cosas contrarias, son débiles, esclavas; están sujetas a mil obstáculos e inconvenientes y son completamente extrañas al hombre. Acuérdate, pues, que si tomas por libres las cosas que por naturaleza son esclavas, y por tuyas las que dependen de otro, encontrarás obstáculos por todas partes; serás afligido, perturbado, y te quejarás de los dioses y de los hombres; mas, por el contrario, si tomas por tuyo lo que te pertenece y por ajeno lo que es de otro, nadie te obligará a hacer lo que no quieras, ni de nadie habrás de quejarte... La enfermedad, por ejemplo, es un impedimento del cuerpo, y no, en manera alguna de la voluntad, a menos que ella misma lo quiera. Yo soy cojo, por ejemplo; he ahí un impedimento para mi pie, pero no para mi voluntad. Ante todos los accidentes que te detengan, hazte la misma consideración, y hallarás que siempre son un impedimento para algo, no para tí.

—¿No tienes nada—dice Epicteto—de que seas dueño?

—No sé.

—¿Puede alguien obligarte a que apruebes lo que es falso?

—No.

—Hay quien pueda forzarte a querer lo que no quieras?

—Sí hay, porque amenazándome con la prisión o con la muerte se me obliga a querer.

—Pero si despreciaras la prisión y la muerte, ¿harías caso de tales amenazas?

—No.

—¿Está en tu poder despreciar la muerte?

—Sí.

—Pues tu voluntad es libre.

He ahí por qué debemos amar el bien por el bien mismo, y no la felicidad que en esta vida o en otra debe resultar de aquél para nosotros. El